

MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SAHARITA

Cupletista excelente que canta muy piano y es muy simpática.
¿La han visto ustedes en el Madrileño?

SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth.

ANGEL GUERRA

Sangre nueva.

J. ORTIZ DE PINEDO

La media tarde.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Insomnio.

RAFAEL TORROMÉ

Dafnis y Cloe.

LUIS ESTESO

... Y vamos tirando.

TOVAR, PACO MATEOS

y TINO

Varios dibujos y retrato de
Saharita.

5 cénts.





LA RISA A ESPUERTAS

He aquí el país del humorismo. Aquello de «en mi casa no comemos; pero nos reímos mucho», es ya del dominio público, al extremo de que pudieran repetirlo uno por uno los inquilinos todos de todas las casas de Madrid, y si me apuran ustedes, hasta los inquilinos nocharriegos de los quicios de los portales y los futuros moradores de la Gran Vía, que, con unos cuantos siglos de anticipación, han tomado por asalto los que han de ser domicilios á la moderna, y en cuyos solares duermen, mientras tanto, al fuerte abrigo de las piedras de sillaría, que son, en efecto, un abrigo bastante fuerte.

La risa ha sentado sus reales en España, porque dentro de cada español vive, á las veces, un chistoso, y de todos modos, un humorista.

LOS QUE VIVEN DEL ARTE



—¿Así que tardarás en volver?
—Sí, muchacha. Ahora entra la temporada, y estaremos muy ocupados.
—¡Dichosos vosotros!

Si, señores; en nuestro pueblo es humorista el escritor, el médico, el sacerdote, el recaudador de contribuciones, el portero, el guardia y cuantos animales machos salen á la calle ó viven salidos, esto es, al aire libre.

De esta regla no se exceptúa á los profesionales más severos, como son, á mi juicio, el juez municipal y el expendedor carnes.

En una importante capital de España se celebra un juicio verbal para obligar á un parroquiano á que satisfaga unas pesetas; muy pocas pesetas: no llegan á ciento.

Al constituirse el tribunal, el juez del distrito, el último eslabón de la cadena, como quien dice, viste de rigurosa toga y birrete de ancha borla, todo ello mediante dos reales por diligencia en concepto de honorarios.

Al corresponderle hablar á una de las partes, el juez, en lugar de indicarle lisa y llanamente que conteste á las preguntas, le ordena con una solemnidad que hace mayor su voz hueca y pastosa:

—Le corresponde á usted «absolver posiciones».

—Mire usía —responde, un poco asustado, el deudor—: yo diré lo que me cumpla; pero le aseguro que no he entendido la orden, porque desconozco el *argot* de estos centros...

—¡Cómo *argot*! —ruge la investidura judicial hecha carne—. ¿Llama usted *argot* al tecnicismo jurídico?

Y sin tener en cuenta que el *argot* es, según el Diccionario francés, el lenguaje de los términos técnicos de cada profesión, agrega el juez:

—Si no entiende usted el tecnicismo, venga usted acompañado de quien lo entienda.

Lo cual equivale á decir: «Si quiere usted que no le condenemos á pagar quince

LA PEREZA



—¡Por Dios, Fausto, levántate!
 —¡Mujer, si estoy tan bien así!...
 —¡Anda, hombre, levántate un poco!

duros, gástase usted cuarenta en un abogado.»

¿Cabe humorismo más sutil ni refinado? Claro que no. ¡Como que es para perder el juicio!

Pues no digamos nada de los carniceros madrileños.

Cuando el mundo entero tiembla y se estremece, conturbadas sus visceras digestivas ante el grave problema de las subsistencias, los del mencionado gremio, con una ironía que para sí hubiese querido Marcial, se les ocurre anunciar la subida de precio de la carne, precisamente á la entrada de la Semana Santa, esto es, de los días en que hasta los herexiarcas del republicanismo español, se abstienen de ingerir cosa distinta á huevos, laticinios y merluza, excepción hecha de Nougés, que hace caso omiso de los huevos y laticinios, para más consagrarse á la merluza.

¿Verdad que es toda una señora ocurrencia esta de los carniceros?

Claro que sí. Todo el mundo lo dice.

La otra mañana, en el mercado de la Plaza del Carmen, decía una joven andaluza, y puede que soltera, á otras cuantas

jóvenes de su misma naturaleza y profesión, agrupadas frente á un cartel anunciador:

—¿Habéis visto guasa como la del carnicero? ¡Que sube la carne! ¡Pero si en esta temporá no hay cristiana en la vida que pueda decir que ha entrao en su cuerpo un mal peazo de carne!

Pero el carnicero, tan humorista como el juez, se ríe las tripas pensando que lo que no nos ha hecho mella estos días, nos hará la Pascua el domingo.

Y anunciándolo con dos semanas de anterioridad, ha logrado dos fines distintos: subir su mercancia y reírse mucho, gastándonos una broma de indiscutible fuerza humorística.

¡Menos mal que yo, vegetariano desde mi infancia, lo mismo me dan los viernes de Dolores que los sábados de Gloria! ¡Y conste que no me retiero á ninguna señorita acostumbrada á recibir esos días de la semana!

CÉSAR JALÓN

LOS HOMBRECITOS



—Muchacho, ¿no te da vergüenza fumar, cuando aún debías estar mamando?

—Pues ustedes dirán has'a qué edad creen que se debe mamar.

No deje usted de comprar mañana domingo 4, la sensacional

“Charla taurina,,
 de «DON MODESTO».

SANGRE NUEVA

A lo largo de la gran avenida de árboles sin hojas, los niños solazábanse, á saltos, con gritos, rodando los aros sobre la arena los más levantiscos, y otros, con ojos tristes, de andar menudo, paseaban silenciosos y graves, dando la mano á las abuelas. En los bancos de piedra, los viejos, con caras de filósofos, des-

tirse el vaho caliente con que esa tierra respiraba amorosa y fecunda. Desde la avenida, en las afueras de la ciudad, en las lejanas cumbres, la nieve blanqueaba, y del campo, el aire traía olor á tierras de sementera.

Sentada en un banco, la aldeana, ahora en oficios de niñera, ya entrada en años, charlaba con otra moza de aspecto rural, lozana y garrida, que en sus brazos cunecaba á un chico que chupaba glotón en el pecho, lleno y blanco al sol, de la muchacha.

Secábase la aldeana los ojos humedecidos.

—¡Cristo mío!... Me conocí en seguida. ¿Lo viste?... Lo crié á estos pechos.. ¡Y verlo ya casi un mozo!

—La quiere; se le conoce. ¡Cómo la abrazaba á usted! ¡Y qué besos!

—Muy bueno. Cuando viene de paseo y me ve, siempre es lo mismo. ¡Lo crié!... Ya va para los trece. Casa de regalo la suya. Fué el último. Si no, ¡aún sirvo allí!...

La vieja miró toda vía á lo largo del paseo con ojos ávidamente cariñosos. Lejos, un niño volvióse un instante, y en el aire vióse agitar un pañuelo.

—¡Cristo mío... y qué gentil!

La moza sólo dijo:

—Mucho la quiere...

DEL CAFÉ CON... CERT



—¿Verdad, señor comisario, que estoy pero que la mar de buena?

—Sí, sí, pitorrearos. Veréis el día que yo os lea lea la cartilla.

perezando á cada instante las piernas entumecidas, calentábanse al sol. Las niñas, con tosquedad aldeana, pero con el brío de las mocedades en el accionar de sus manos, con sus trajes negros y delante blanco unas, hábito de ciudad, y otras con sus faldas de colores chillones y sus grandes pañuelos en pico sobre la cabeza, estilo campesino, charlaban á placer, en corro, junto al tronco añoso de los árboles.

Bueno estaba el día. De la tierra, empapada en agua por las lluvias del invierno, calentada ahora por una tarde de sol, desprendíanse tenues vapores. Parecía sen-

II

—¡Pobrecico!.. Miralo por dónde viene. No falta. ¡Y cómo espiga!..

Las dos mujeres, la aldeana niñera y la moza, ama de cría, sirvientes en la misma casa, desde el banco del paseo miraban avanzar rápido al chico. No; no faltaba ni siquiera un día.

Llegaba; con besos-fuertes en la cara, la buena mujer que lo criara, sintiendo cariños de madre, lo estrujaba al abrazarlo. Cuando ella lo dejaba, con timidez ponía un beso sobre los labios de la moza. Se habían hecho amigos.

EL DOMINGO DE RAMOS

—¡Qué niño! ¡Tan bueno! Mira: hasta á ti te quiere. No queria besarte. Es vergonzosillo. Pero, ahora, ¡cómo aprieta! ¡No, y tendrás queja!...

Era verdad. En los primeros días, con transportes cariñosos, el chico correspondía á los de la buena aldeana. Al besar á la moza por primera vez, sintió pudores.

—¡Tontín! —decíale en tono de enojo su antigua ama—. Anda... Si te quiere; si es mi amiga...

Después ya no hubo escrúpulos.

A diario venia el muchacho á sentarse con las mujeres en el banco, á las horas de sol.

Los chicos al cuidado de éstas, corrían por el paseo jugando con los compañeros. El chiquitín, cubierta la cara con un pañuelo, dormía en el regazo de la moza, y al despavilarse, con llanto rabioso y arañando con las manecitas en el corpiño abierto, que dejaba ver el seno. pletórico y estremecido, pedía hambriento el pecho.

Más que por los chicos de la casa, á cuyo servicio estaba ahora, la aldeana sentía predilecciones por el muchachón ya crecido. Al menos, á éste lo había criado, y sentía por él ternuras, á su modo, de madre. El también la quería. ¡Aquella puntualidad en venir, el gozo en verla y el cariño puesto al abrazarla! A su edad, otros ya hubieran olvidado esos cariños viejos. ¡Con un estirón más, y ya iba para novio!

Contábale ella, para distraerle en estos ratos de compañía, historias de aldea, cuentos de amores campesinos. La moza también hablaba á ratos, narrando picanterías de aventuras de rapazas burladas y de galanteadores gañanes allá en la serranía.

Los ojos del muchacho, ávidos miraban



—Menos mal que hoy harán su Agosto las ramerás.

cómo el chiquitín, glotón, congestionado, chupaba en el pecho, mientras golpeaban éste sus manecitas leves con caricia mimosa. blanda... Y cuando el crío, llorón, rabioso, arañaba, la mano del muchacho buscábase la cabecita, escondida entre el corpiño de la moza, acariciándolo tembloroso y diciéndole con voz de ruego:

—Quietos. No seas malo.

Encendíasele el color en la cara al chico. Brillaban sus ojos vivos, inquietantes. Al notarlo la aldeana, reía regocijada.

—¿Ves?... Cara de amapolas. Para sacar colores, el sol. Así cria esas rosas del campo.

LOS CHINOS DE APOLO



—Poquito que os gustamos á vosotras los de coleta.

—Sí, pues á mí me gustan más los chinos, porque la tienen más larga y más resistente.

III

Ya entrada la primavera, los árboles rejuvenecieron con el verdor de las hojas nuevas. ¡Soleados días entonces!

Las criadas continuaban llevando la chiquillería alborotadora á pasear á lo largo de la avenida, allá al extremo de la ciudad. Al fondo de la arboleda, la maleza salvaje, retoñando con savia vital, de tronco á tronco cruzábase, entrelazando sus ramas verdeantes, como si se abrazaran enamoradas. ¡Qué gusto perderse en el laberinto de las frondas! En medio de ellas, sentíase de vez en cuando rumor epitalámico de pájaros en los nidos y murmullos de diálogos con que los novios saboreaban su amor en soledad.

Corrían los niños por los paseos, alegrando el aire con el rumor de sus risas locas. Aire de primavera...

Sentada en el banco, en el banco de siempre, la aldeana meditaba entristecida:

—Parece que ya no me quiere. ¡Mudanzas de los quereres! No gusta ya de mis cuentos. Se va por ahí con la moza á correr bajo los árboles y á reír jugando entre el bosque. Ella es viva de genio, y corren como locos. Pero yo, ¡á mis años, correr!...

Ya no me besa tan fuerte. A ella, sí. Me ha quitado cariño. ¿Cómo? Si no lo ha criado como yo, que le di sangre y vida. Entonces, ¿por qué el despego? Verdad es que viene á verme. Pero, ya... lo que es ya, ¡no me quiere!

La pobre mujer suspiraba. A su modo quería al muchacho con vi-jo cariño de madre. Lejos sentía el gritar de los niños jugando, y alcanzaba á ver los corros de ayas con sus trajes pintorescos. Ellos, ¿dónde estarían?

Mal fue a que, por una locura, el muchacho, al caer por cualquier descuido, se hiciera daño. ¡Dios santo, qué dirían en la casa de ella! ¡No cuidar del niño!

Ya regresaban, encendidos de color, jadeantes, fatigados. La moza traía desliñado el cabello, las faldas con tierra.

La aldeana riñóla.

ANDALUZADAS



—No vivo de celos. A cada minuto pienso que una mujer cae en tus brazos.

—Y caen; porque como soy tan alto, las da vértigo.

—¡Local... ¡Qué loca eres! No sirves más que para jugar. ¡Y qué fachal... ¿Es eso aseo?

Aquella tarde, al despedirse el muchacho, besó á la moza ardentemente. A ella apenas le palmoteó el hombro con la mano.

Cuando estuvo él lejos, rompió en llanto la pobre mujer.

—¡Pobretico mío!... No es el mismo, no.

Miró con ira, con envidia y con odio á la moza. No se explicaba cómo ésta, sin haberlo criado, pudo disputarle, robándosele, el cariño del chico. Por el corpiño, aún entreabierto de la moza, vió asomar un medalloncito. Lo conocía.

—¡Ladrona! —quiso gritar. No pudo.

Puso la cabeza entre las manos, y rompió en llanto suspirante:

—Ya... no me quiere.

ANGEL GUERRA

La media tarde.

A la sombra, tibia de calor y perfumada con el aliento del jardinillo —un tesoro de sencillez y de gusto, un pedazo de tierra florida, cuidada por manos amorosas— se sentaba la familia después de la siesta.

Pequeños árboles sombreaban el suelo con ancho pabellón de hojas. Largas hileras de tiestos y macetas orillaban y bordaban la franja de los senderos, que se perdían rectos, iguales, con leve capa de arena cristalina, á lo largo del jardinillo, hasta la verja de hierro dorado. Y centrandó el jardín, una fuente: la figura campesina de una mujer con el cantarillo en la cadera y boca abajo, de cuya boca arrancaba el surtidor con fino chorro de agua.

La casa, pequeña, blanca, con antepechos en la planta baja y en el piso un mirador y dos balcones, era de estilo moderno; pero por la blancura y alegría de la construcción y por la escalinata florida que descendía al jardín con suave resbala-

miento, recordaba esas casitas de nieve de los cuentos y de los cuadros de pintura plácida. En uno de los antepechos tenía su habitación Joaquina, la graciosa adolescente, siempre alegre, con sana alegría de bondad, famosa entre sus amigas por su ingenio inocente; la señorita madrileña, que saludan familiarmente todos los domingos, extendiendo la mano para recibir

EN LA VARIACIÓN ESTÁ EL GUSTO



—¡Ay, Rosita, nunca creí que pusieses los ojos en un negro!

—Chico, es que ya me he cansado de ponerlos en blanco.

la limosna, la «cuota», los pobres de la Castellana.

Cuando, terminada la siesta, los padres y la niña iban á sentarse á la sombra, Joaquina llevaba siempre, deliciosamente sazonado, el tema de la tarde, que solía ser de actualidad: algo visto ó leído en los periódicos, ameno por el tema mismo y comentariado con gracia por la narradora, cuya imaginación de mujer tenía impresionabilidad de artista y de gitana; dulces ironías sobre la última moda en el sombrero ó en el vestido, sobre la obra estrenada ó el cuento publicado, sobre el último pretendiente de la amiga sollicitadísima ó el lance tenido con el golfillo descarado y gracioso, que la requerrara con malicia para sacarla dinero. Las ironías de Joaquina era siempre inofensivas y agra-

DE LA VIDA



—¿Conque te vas y me dejas?

—Sí, hijo mío. Me está esperando Adolfo, y en la vida, para ser feliz, hay que templar muchas gaitas.

dables, y hablaba despacio, entre mohínes, haciendo breves silencios, con perpetua sonrisa en los labios y como relamiéndose por lo que decía, mientras hacía su labor. Doña Virtudes trabajaba también, embobada de oír á su hija, y sin hablar, por miedo á deshacer el encanto de lo que oía con una inconveniencia; tal fiaba en su lenguaje la santa señora. Don Antonio repasaba la Prensa, serio y solenne, con la misma parsimonia que ponía en sus discursos parlamentarios y en todos los actos de su vida, de la que tenía una idea muy grave; algo de procesión, de cátedra y de maniquí automático. Pero señor de talento, aunque con la obsesión de lo solemne, escuchaba con agrado á su hija y se regocijaba de su ingenio.

Un tema había que, á despecho de la variedad, ocupaba muchas tardes; un tema de actualidad permanente desde hacía dos meses. Pero como no ocurrieron alteraciones en lo que motivaba el tema, había tardes que apenas se le dedicaban dos palabras. Cuando el monólogo de Joaquina recaía en el tema constante, sus padres y ella también miraban disimuladamente hacia la verja del jardín, junto al cenador, y allí, siempre que miraban, veían la

figura escuálida de un joven enfermizo-rubio, que, al sentirse observado, bajaba los ojos con timidez. Cuando la familia se sentaba en el jardín, ya estaba en su sitio de siempre el vergonzoso joven, y al caer la tarde, dentro ya de la casa la familia, desaparecía la figura fámélica por entre los árboles de la Castellana. Era alto, con leve sombra de bozo, los ojos azules, tristes y como cansados, ojos de enfermo, que parecen llorar cuando miran; el cabello lacio, revuelto, que asomaba en grandes mechones de melena romántica bajo las alas del flexible negro... Tipo femenino, triste ejemplar de la decadencia de una raza.

Durante las primeras tardes de la aparición del joven en el sitio preferido, demasiado lejos para pecar de indiscreto, Joaquina y sus padres no cesaban de hacer comentarios.

—Ese infeliz no es de esta época.

—Sí, papá. También hoy se estilan amores platónicos.

—¡Pero, señores, ese hombre es mudo!

DE PARÍS



—Enrique, estoy desesperada. Vamos ya con el quinto hijo.

—Pues si te pones así, va á ser mejor que no pensemos en el sexto.

DE LA CECA Á LA MECA

TINO.



- ¡Caramba! En todas partes nos la encontramos á usted.
 —No paro, ¿verdad?
 —Por lo que se ve, no.

¡Cabe más que reventar de una vez, y nos dejaría en paz!

—Yo estoy viendo el final, hija mía. Tu padre y tú vais á morir de risa. Un jarro de agua, de sopetón, á la cabeza, desde el cenador...

—¡Mamá, por Dios!

—¿Está ahí cuando salgo?

—No sé; alguna vez.

—Nada; ese hombre no es de esta época; ha tardado en nacer. Hoy los hombres son de otra manera...

Don Antonio aludía á la época romántica.

Y continuaba la broma sobre el tímido jovencuelo, hasta que Joaquina hacía variar el tema. Unas veces era un detalle de su indumentaria miserable lo que motivaba la burla; otras, su cara fea y triste, Don

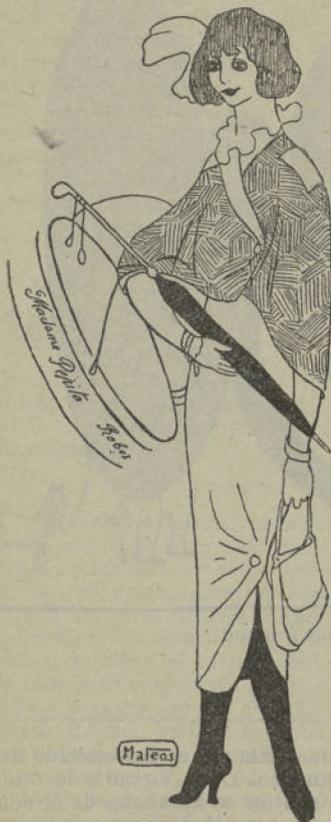
Antonio sentía por el desconocido un desdén olímpico. Doña Virtudes le tenía rabia. Joaquina se apiababa de él con una compasión acariciadora.

Dos meses hacía que el enamorado visitaba por las tardes el jardinillo. Ya ni se hablaba de él, ni se le nombraba, ni apenas se le miraba, acostumbrados todos á su presencia lejana y discreta, cuando un domingo por la tarde faltó á la «visita» el interesante desconocido; al día siguiente, también, y en toda la semana se le volvió á ver. El domingo, uno de los golfllos pobres que recibían la limosna cuota de Joaquina, respondiendo á las curiosas preguntas de la damita de «si sabían quién era el joven de tales y tales señas que todo el mundo había visto alguna vez junto al jardín del hotel», dijo el golfllo:

—Por las señas que me da la señorita, debe ser el *Chiflao*... que se ha muerto hoy hace ocho días.

La noticia hizo llorar á Joaquina, y á doña Virtudes después... Don Antonio,

LA MOVILIZACION



—Anuncieron que este mes entrarían en caja 30.000 reclutas. Con dos cajas me estoy yo pasando el mes, y no me entra ni uno.

perdiendo un instante su solemnidad, se conmovió ligeramente.

¿Hay realmente una distancia entre el alma de una dulce mujer de quince años y el alma misérrima y tristemente saturada de ideal de un poeta pensativo? El *Chiflao* miraba á la señorita del jardín con todas las timideces y todas las debilidades de un niño; la señorita del jardín le miraba

piadosamente, y acaso el alma del infeliz alimentaba la esperanza indecisa de una dicha futura. ¿Una boda desigual entre una señorita con jardín y un pobre con sueños? No. Pero la dicha habría de venir. La posesión del ideal no es la felicidad, y hay muchas almas humildes que se contentan con el roce invisible de las alas de la ventura.

El verano continuaba. Seguía la familia pasando la tarde en el jardín, á la sombra tibia del sol. Don Antonio repa-aba la Prensa, grave y parsimonioso. Doña Virtudes y su hija, inclinadas sobre la labor, sin hablar, levantaban de vez en cuando la cabeza para mirar á aquel sitio de la verja, junto al cenador, donde no estaría ya nunca la silueta del enamorado tímido que se llevó al otro mundo su confesión de amor...

Ese pobre no era de esta época...

Y mirando al sitio vacío, la familia sentía en el piadoso corazón el sentimiento de amor de todas las épocas.

J. ORTIZ DE PINEDO

¡Africanos á toros! Demostraréis serlo comprando mañana domingo la interesantísima

“CHARLA TAURINA,”
de «DON MODESTO».

INSOMNIO

La soledad que me rodea me hace volver sobre mi idea, me hace sentir mi corazón: cierro los ojos, y me miro hecho de gasas de suspiro y de chispazos de ilusión...

Péngome al margen de la vida; y con el alma arrepentida de todo bien y todo mal, quiero encerrarme, pero á solas, frente al asalto de las olas, en una torre de cristal.

Nada me importa el oleaje, que apenas urde un vano encaje ante el olímpico desdén; porque encerrándome en mí mismo, como el océano en su abismo, tengo mi espuma y mi vaivén...

GEDEÓNICOS



—Mira, Romana, estoy haciendo una estadística de mujeres, y resulta que todas las acusadas de adulterio sois casadas.

Siento yo en tal renunciamiento un abandono de convento ó de castillo de otra Edad: se me adormece la conciencia con una sorda indiferencia para la humana tempestad...

Pienso en vivir, no como ahora; el siglo xv me enamora con su exaltado no sé qué: almas de monje y de soldado, conquistadores del Dorado y aventureros de la Fe.

Pienso en vivir una locura hecha de glorias sin ventura y de esperanzas sin temor: ser un orgullo indiferente al que le dé sobre la frente igual la espina que la flor...

Princesas, reyes, magos, hadas, rumor de besos ó de espadas, pompas de túmulo ó de altar; vivir la vida como un cuento al través de un encantamiento que no tuviese despertar...

Ser un volcán, en cuya nieve, cual mariposa abierta y leve, palpite el iris bajo el Sol, en un millón de áereas flores

que refundiesen sus colores en el delirio de un crisol.

Ser mediodía en un desierto, por sobre cuyo arenal muerto de estupefacta soledad, un dromedario se adelanta bajo del peso alucinante de los tesoros de Simbad.

Ser una selva que, en la tarde, finja incensario en donde arde todo el perfume de la unción: mezcla de sombras y de llamas: éxtasis que abre luengas ramas en actitud de imploración.

Ser el espectro de un navío, que entre las olas va sombrío, bajo la música estelar, mientras que escapan en un vuelo

CHIQUILLADAS



—Oye, Paquito: esa carnada está podrida. Si quieres que piquen, tendrás que ponerla más fresca.

—Bueno, pues déjame en paz; porque si me levanto, te voy á poner á ti en carnada.

exhalaciones desde el cielo,
fosforescencias sobre el mar...

Ser como un viento que se aleja,
ser como un río que se queja
del espectáculo que ve;
como una nube que se dora
ó como un arbol que se enflora
sin darse cuenta del por qué.

¡Esta es la vida que yo ansio!
¡Ser todo ensueño y todo mío,
indiferente al bien y al mal,
y sin virtud y sin pecado,
pasar los siglos encerrado
en una torre de cristal!

José SANTOS CHOCANO

DAFNIS Y CLOE

A uno de los lados de la carretera se alzaba la humilde casa de peones camineros, con su estrecho corral ta-

piado y sus muros de mampostería, y dos kilómetros más adelante veíase la célebre venta de la Oliva, donde solían parar los carreteros que cruzaban por aquella ruta.

Las dos viviendas estaban abandonadas en medio del campo, junto á la carretera, que era el único lado que las ponía en relación con el mundo civilizado, extendiéndose como inmensa cinta parduzca por los altos cerros y las abruptas montañas de aquel rincón de la serranía de Cuenca.

Los dueños de la venta tenían una hija de ocho años, llamada Julia, y los peones camineros un rapazuelo, nombrado Samuel, que contaría dos años más que la muchacha.

Se hicieron obligados amigos en aquellas agrestes soledades; se encontraron en la falda de un cerro, yendo á buscar leña para sus respectivas casas, y uno y otro, dejando los pesados haces que llevaban sobre los hombros y que les coronaban de verdura, se entretuvieron en inocentes juegos, buscándose y persiguiéndose en-

POESIA BUCÓLICA



—Anita, estamos, como dijo el poeta, «sobre la fresca hierba»: la fresca eres tú.
—Pues cualquiera diría lo contrario.

CRUZ PENSIONADA



—Perdona, Cruz, si vengo cinco minutos antes; en mi reloj es ya la hora; pero es porque yo siempre adelanto un poco.

—Pues adelantame la «pensión» de este mes.

tre los enmarañados jarales de los montes.

La sierra era la gran vaca de piedra que alimentaba pródigamente a los habitantes de aquellas dos miserables viviendas; ella les ofrecía leña para templar su frío y cocer sus alimentos; abundante caza de aves y roedores; pastos para sus cabras y sus vacas; bellotas para sus cerdos; pedruscos para edificar sus casas, y, en la primavera, sencillas y olorosas flores para adornar las mozas sus ásperos cabellos.

Julia y Samuel eran los activos agentes que ponían en contacto las casas con la sierra; eran los portadores de sus variados productos; conocían todos los secretos y todos los repliegues de tan altísimos hacimientos de roca y verdura, y, como reyes de aquellas soledades, vagaban triunfantes sobre su quebrada grandeza.

Samuel disponía sus ballestas para cazar las aves, y sus trampas y ligas para apresar liebres y conejos, y, escondido con Julia en una cueva de la sierra, rozando

sus cabezas y confundiendo sus alientos, atisbaban por entre los resquicios de las peñas el éxito feliz de sus maquinaciones y la cautividad anhelada de la presa.

Después de la jornada, al caer de la tarde, cuando el sol iluminaba con rojizos destellos el cielo de Poniente y los pastores encendían sus fogatas junto a los rodiles, Julia y Samuel, compartiendo el producto de su artera caza, regresaban por la escarpada falda de la sierra, cantando y riendo, y se despedían en la carretera, bajo la luz vespertina de las estrellas, dándose cita para el siguiente día en cualquiera de los conocidos parajes del monte.

En las tardes del estío ardoroso, dirigíanse los dos, después de hacer su acopio, a una fresca laguna que en la cumbre de una montaña mostraba sus cristales; allí se desnudaba el uno en presencia del otro, sin que sus inocentes ojos fueran despertadores de sus instintos, y se zambu-

MATRIMONIO A TRANSFORMACION



—Comprenderás, Jorgito, que nos pasamos la vida como Frégoli, vistiéndonos y desnudándonos.

—Naturalmente. Pues si no, ¿para qué necesitabas tu equipo de novia?

lían en el agua rompiendo la superficie tersa con ondas agitadas y alterando el ambiente mudo con los ecos estridentes de su risa.

Después corrían desnudos y bromeaban entre los jarales y los pinos, en tanto que el sol y el viento secaban el agua en sus carnes atezadas, y, por fin, volvían á vestirse guardando de sus inocentes diabluras el más risueño recuerdo.

Así continuaron durante algunos años, hasta que Julia cumplió quince y Samuel diez y siete. El continuaba yendo á la sie-

ta de su amiga. Descendió á su encuentro lleno de júbilo, le puso familiarmente la mano en el hombro, bromeó con ella como en los días de su infancia, y juntos se perdieron como entonces por los olorosos jarales de la serranía.

Observó Samuel que ya no era Julia tan risueña ni tan juguetona; sus ojos tenían cierto fulgor penetrante, y algunas veces quedaba muda y pensativa sin corresponder á sus pueriles provocaciones. Era más amiga de hablar que de correr, y ya no tenían interés para ella, ni las alondras presas en la ballesta, ni las liebres atrapadas en el lazo.

Siguiendo el vario rumbo de las cabras, llegaron al lago donde solían bañarse en otros tiempos, y Samuel, mirando el agua incitante, dijo á su amiga, con la más cándida sonrisa, mostrándole las dos filas de sus blanquísimos dientes:

—¿Vamos á bañarnos?...

Julia no respondió; quedóse pensativa contemplando el agua con los ojos bajos y las robustas manos cruzadas; pero Samuel, loco de alegría, comenzó á desnudarse con la misma desenvoltura que en otros tiempos.

Julia apartaba de él los ojos, y un ligero carmín cubría sus mejillas, en tanto que inexplicable ansiedad hacía palpitar su pecho. El se aproximó hacia ella como Adán hacia Eva, pidiéndole explicaciones de aquel cambio singular, y ella, que no acertaba á declarar la causa

de sus instintivos rubores, permanecía muda, resistiéndose á las invitaciones de su amigo.

Esforzándose ella en resistir su ejemplo y Samuel en doblegarla á su capricio, forcejearon brevemente, se confundieron sus alientos, se extraviaron sus manos por donde antes no sufrieran extravío, y al descubrir el pudor sus más preciados velos, los instintos dormidos é incipientes se encrespaban con la impetuosidad que les es propia, llegando á descubrir, sin darse cuenta, los misterios que se ocultan tras los ardientes besos de los juveniles amores...

Bajaron de la sierra tristes y silenciosos, el uno junto al otro, á la luz de la luna que confundía sus enlazadas sombras so-

EL PLATO FAVORITO



—Me parece á mí que esto está muy duro.

—Eso parece; pero ya lo verá el señor cuando se lo lleve á la boca.

rra para abastecer su casa; pero ella, reclamada por su madre para atender á las necesidades de la venta, salía muy rara vez.

Samuel solía verla detrás del mostrador escanciando copas de vino á los carreteros, y en algunas ocasiones la invitó á recorrer de nuevo la dulce soledad de las alturas; ella no le respondía; pero le miraba con ojos tiernos y afectuosos, como queriendo decirle:

—¡Ojalá pudiera ir!

Una tarde bochornosa de Agosto, mientras Samuel reposaba á la sombra de una encina, en tanto que dos cabras suyas roneaban á corta distancia, vió destacarse por la falda de la sierra la simpática silue-

PERRO PEDIGÜÑO



—¡Hala, largo de aquí, Chichito! ¡Caray contigo! ¡Desde que te he enseñado á pedirme las cosas levantando la mano, la tienes en el aire todo el día!

bre el escarpado suelo, y cuando llegaron al terreno firme del camino, se despidieron sin soureirse, por primera vez en su vida; pero un beso ardiente unió sus labios, y un mismo sentimiento enlazó sus corazones.

RAFAEL TORROMÉ

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

... Y vamos tirando.

Por ver la temperatura, el termómetro un teniente cogió, y dijo á su asistente: —¡Verlo tan bajo me apura! Y el asistente, en un tris, queriendo salir del paso, lo clavó en el cielo raso con dos puntas de París. Lo vió el teniente, dió un salto, y le preguntó: —¿Qué has hecho? —Ya ve: ¡clavarlo en el techo, pa que se encuentre más alto!

Luis ESTESO

Los originales no premiados en el Concurso de novelas de *El Libro Popular* y aún no recogidos por sus autores, están á la disposición de éstos en las Oficinas de Ediciones «España», Santa Isabel, 45, hasta el día 30 de Abril próximo, en cuya fecha se inutilizarán todos aquellos cuya devolución no haya sido solicitada con anterioridad.

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑIA

RIVADADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Todo buen aficionado á los toros no dejará de comprar mañana la

“CHARLA TAURINA,”
de DON MODESTO

Biblioteca amorosa

La forman una colección de novelas pícaras ó sicalípticas de célebres novelistas, tanto nacionales como extranjeros, y va ilustrada por populares dibujantes.

Dada la índole de la «Biblioteca amorosa», todos los tomos van enfajados y precintados.

Se han publicado los siguientes títulos:

Memorias de una ramera.

Tres noches de amor.

Cómo se conquisitan los hombres.

Las noches de una condesa.

El misterio de una alcoba.

Moverse á tiempo.

La modelo desnuda.

Memorias íntimas de una artista.

Los placeres de dos señoritas.

Los apuros de un novio.

30 céntimos el tomo.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América. Remitiendo su importe en forma de fácil cobro, por Giro postal ó en sellos de franqueo de España, se enviarán por colecciones ó sueltos. De deseárselos certificados, hay que añadir 25 céntimos.

Diríjase á

B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieren conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado; envíanlo de 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América, se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º Derecha, Madita* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pts.